

PÓSTUMO EL TRANSMIGRADO

Historia de un hombre que resucitó
en el cuerpo de su enemigo

Alejandro Tapia

Posfacio de Andrea Toribio

S

SITARA

COLECCIÓN MARGINALIA

CAPÍTULO I

*En que se dan a conocer los principales
personajes de esta historia*

PÓSTUMO era hijo de su padre y de su madre; es decir, que logró tener desde la cuna lo que todo el mundo: padre y madre. Nació en Madrid y fue bautizado en una de sus parroquias. Ignoramos si fue o no confirmado. Era soltero, y no porque le hubiesen faltado ocasiones de casarse, sino porque no llegó a hacerlo.

Todos estos informes, bastante precisos y curiosos, los tenemos de muy buena tinta, así como lo que diremos después acerca de este personaje, que, atendido su nombre, parecía destinado a vivir después de muerto.

Estaba para casarse; pero esta vez, aun cuando hubiera querido hacerlo, habríale sido imposible, porque pocos días antes de verificarse la boda se murió, lo que no dejó de ser un fin bastante trágico.

Pero no anticipemos; y si la muerte se llevó a Póstumo, traigámosle otra vez a este mundo, aunque solo sea porque así conviene a nuestra narración.

Reanudando esta, diremos que murió por la primera vez. Veamos cómo pudo verificarse este accidente de modo que quedase algo para otra ocasión.

Póstumo era joven, y hubiera seguramente dejado de serlo a haber vivido más años; pero entiéndase que solo hablamos de la vejez del

cuerpo; pues por lo que atañe al espíritu, el de nuestro héroe estaba llamado a ser siempre niño, como lo veremos más adelante. Era uno de aquellos seres que sueñan despiertos, y que parecen dormidos en lo muy fácil que es llevárselos de encuentro en las faenas y malicias de este mundo. Sus planes no eran para este escenario; pudiendo decirse que, destinado a otro globo, había venido a este por equivocación. Sucedíale con frecuencia que creyendo hacer dramas solo hacía entremeses, en los cuales, a lo mejor, dejaba ver su tipo peculiar; verdadero despropósito para esta mundanal escena, con risa de los concurrentes, que proclamaban su insuficiencia en achaques de caracterizar otro personaje que el suyo. Si representaba el papel de comerciante, era el párvulo Póstumo a quien solo tocaban los cargos en la cuenta de ganancias y pérdidas. Si quería hacer del galán amoroso, todo el mundo exclamaba: «Ved a Póstumo engañado». A ser diputado, hubiérase quedado sin turrón; a sentar plaza de escritor público, habría tenido el poco tino de escribir siempre la verdad; a ser ministro, sus deseos del bien le habrían convertido en espinas de un día la poltrona que para otros dura floridos meses. Póstumo soñaba con la Edad de Oro, como si no fuese esta fruta extraña a la estación de invierno en que vivía.

Tenía, pues, los ojos en lo infinito, en el vacío. Esto, por lo que toca a su ánimo; por lo que atañe a su físico, era Póstumo bastante guapillo y agraciado: vistiendo con natural elegancia, aunque un tanto al desgaire, cual convenía a un soñador con los mundos imaginarios. Alguna vez hubo que sacarlo de zanjas o pozos, en donde cayera por ir mirando al cielo; verdadero observador de la región etérea.

Estaba enamorado por la vez equis de su vida, razón de más para que no supiese dónde ponía los pies. La novia era bella y discreta, según él decía; pues parece que todos los enamorados miran por un mismo antejo telescópico lo bueno de sus amadas. El heliómetro de los enamorados sería capaz de centuplicar el diámetro del sol.

Póstumo anhelaba el matrimonio, su novia le juraba un amor eterno, un amor a lo Julieta, a lo Eloísa, a lo Isabel de Segura. Era

para él una hurí, una diosa, un ángel, pues con todos estos nombres la llamaba suspirando. Su pecho era manantial de ayes y quejas; sus noches, un insomnio brillantado; sus días, deliciosas primaveras, pero con frecuencia turbadas con relámpagos de celos, truenos de sinsabores y rayos de rompimiento. Vivía en la suprema felicidad.

En cuanto a ella, suspiraba por el paraíso del matrimonio.

Pero, ¡oh desgracia...! Una calentura dio con Póstumo en el féretro, llevándose todas sus ilusiones y esperanzas. Y murió cuando menos lo esperaban uno y otro. ¡Adiós matrimonio para ella! ¡Otra vez se le escapaba la víctima! ¡Pobre Elisa...! ¡Estaba inconsolable!

Lloró a torrentes, se quejó a gritos. Era una Dido abandonada en su dolor; una nueva Calipso que veía a su Telémaco dejar la isla de sus seducciones. Era una Safo pronta a precipitarse, y que no lo hacía, porque Madrid es tierra adentro y no encontraba un Léucade bastante poético para el caso. Pensó en el Manzanares y en el puente de Toledo, desde donde podía, abismándose, dar fin a su dolor; pero el Manzanares no bastaba a sus pretensiones poéticas, y temió que, yéndose demasiado a fondo, no diesen luego con su cadáver los gacetilleros. Decidióse, pues, a vivir, pero a vivir en eterno luto, como lo decía a cuantos querían oírla.

¡Cosa rara! Como Póstumo era Póstumo, después de dar la última boqueada, en que se le atragantó el nombre de Elisa, sintióse como vivo. Y no causaba aquel fenómeno la helada catalepsia, puesto que su muerte era positiva. De no serlo, hubiéranla hecho tal sus amigos, quienes, por retardar la corrupción, zamparon en el estómago del muerto un par de cuartillos de cloruro; pero a pesar de esto y de todas las demás precauciones de los vivos contra el difunto, él se hallaba amortajado tan vivo, como cuando palpitaba de amor al lado de su Elisa.

¿En qué podría consistir esto? Semejante fenómeno no era de fácil explicación, sobre todo cuando el pobre muerto-vivo no se atrevía a hablar, sin duda estupefacto por la extrañeza de su situación, nunca vista al parecer. El difunto callaba, porque si no lo era,

por tal le daban los demás. Todos se lamentaban, o mejor dicho, le lamentaban, y en verdad que era digno de lástima, expuesto como se sentía a morir de indigestión de palabras, si ya no hubiese muerto de calentura. Todos mencionaban sus virtudes, con el pero o peros de sus defectos, que trataban de disculpar echándose los en cara, como quien habla delante de un sordo.

Pusieronlo, como era consiguiente, en su ataúd; oyó que le rezaban algunas preces, y sintió que lo conducían al cementerio, en cuya capilla lo dejaron depositado, con el fin de velarlo y enterrarlo a la mañana siguiente.

Todo esto se lo dejó hacer sin chistar siquiera; y quietecito se quedó allí, muy callado por pura prudencia, ya que no podía hacer otra cosa.

CAPÍTULO II

*De lo que hizo Póstumo luego que lo dejaron solo
con el velador de muertos*

LLEGÓ la noche. Todo Madrid se entregaba a las delicias del Carnaval; época señalada para hacer más ostensiblemente lo que con disimulo se hace todo el año; a saber: caretas y embustes, y vestirse cada cual de lo que no es.

Había baile en el teatro Real.

Allí estaban disfrazados al natural la mayor parte de los amigos de Póstumo, que venían del entierro y que anhelaban borrar de su ánimo, con la alegría del baile, las tristes impresiones del cementerio. ¡Qué diferente no estaría allí Póstumo, rabiando al verse muerto contra su gusto, cosa posible aunque rara, y sumido en aquel silencio sepulcral, abandonado de sus conocidos y rodeado de tanto difunto serio y circunspecto!

Esta mansión hubo de parecerle inaceptable; y viendo que el antedicho velador se había dormido, sin duda porque nada debe temerse de un cadáver, pensó nada menos que en salir de su féretro y volverse al mundo a sorprender en el olvido a sus amigos, o a presenciar el llanto de aquella Elisa tan adorada, que mesándose las undívagas guedejas y arañándose el rostro, estaría verdaderamente inconsolable.

Nada hay más vivo que un muerto al llevar a cabo un plan preconcebido. Lo pensó, y zas. Trató de soltarse una mano, ¡qué sudores! Pero tanto luchó, que con lo que antes pugnara por desatarse, logró verificarlo estando ya las cuerdas más rozadas y propias para su intento. Sueltas las manos, lo fueron los pies; y con ayuda de pies y manos se echó fuera del ataúd, llegándose al guardián, que roncaba admirablemente. Comenzó a atarlo con sus ligaduras, lo que no pudo conseguir sin que aquel despertase; pero aterrado al ver ante sí al muerto-vivo, permitió estupefacto la dicha operación. Escurriose luego Póstumo, tomando la puerta y calle de Fuencarral con dirección a la de la Montera, en donde vivía su amada, y a cuyas puertas llegó a pocos momentos.

Temeroso de ser reconocido, no se atrevió a hablar a ninguno de los que pasaban junto a él, aun cuando entre ellos hubiese algunos que no le fuesen extraños.

Acababan de dar las doce de la noche; todo estaba cerrado en casa de Elisa. Iba ya nuestro difunto a llamar a la puerta de la calle, cuando retrocedió al ver que esta se abría para dar paso a dos mujeres enmascaradas; la una vieja y la otra joven, según las apariencias. Pareciose... mas, ¡cosa increíble!, que la joven era Elisa, su adorada; pero ¿quién podría buenamente imaginar que fuese aquella la mujer a quien juzgaba sin consuelo?

Era, pues, indispensable salir de dudas, y siguió a la femenil pareja, que diligente como quien va de fiesta, corrió a tomar un coche, en que subieron ambas, dando al cochero la dirección del teatro Real.

Febril estaba Póstumo al oír la voz de una de las enmascaradas, que le pareció la de su Elisa.

Ocurriósele seguirla... pero ¿cómo?

Más veloz que el viento, dirigióse a un puesto de caretas y disfraces que en la misma calle había, en donde entró mostrando su faz pálida al dueño de la tienda. Este retrocedió, y sintió frío al verle. Era un viejo llamado Dagoberto, que conocía más que de sobras a Póstumo, y que al saber aquel día su muerte lo había llorado.

—¡Don Póstumo! —exclamó aterrizado.

—Calle usted —repuso este.

—Yo lo hacía a usted muerto desde ayer. ¿Cómo ha sido eso?

Así hablaba el Dagoberto convulso de espanto y con cada cabello tan erizado como un asador.

—Muerto estoy —repitió Póstumo—; pero guárdeme usted el secreto.

—¡Jesús! —exclamó su interlocutor, y con este golpe se le erizó el blanquecino bigote a la manera del de un gato que se encrespa.

—¡Un dominó y una careta... pronto! —gritó el muerto.

—Pero, alma del otro mundo, que Dios perdone —replicó Dagoberto—, ¿para qué más dominó que ese?

Póstumo vio, que en efecto su sudario podía servirle, aunque no lo bastante.

—Pero con esto solo, tendré frío.

—El frío lo lleva usted en la médula.

—Silencio, y más respeto a los cadáveres, señor Dagoberto... ¡Un dominó y pronto!

—Sí, enseguida —repuso este, y añadió temblando y por lo bajo—: Muy pronto, porque si este buen señor no se va, me parece que me entra calentura.

Diole, pues, el dominó y la careta. El aparecido se puso entrambas cosas, y marchose.

Dagoberto le despidió diciendo:

—¡Adiós, señor don Póstumo!... *Requiescat in pace!*

Y añadió luego viéndolo marchar:

—Pero se ha llevado dominó y careta, y, bien mirado... van a oler aquellos chismes a sepulcro a treinta leguas... Me los va a poner perdidos. ¿Quién alquila después prendas de máscara que han servido para un difunto?... Vamos, rezaré un Padrenuestro por su alma, y buen provecho le haga.

Y así diciendo, colocose detrás de la puerta de la calle, a cubierto de un traje de arlequín, y entre uno de pierrot y otro de diablo, rezó por el alma de Póstumo, quedándose más tranquilo.